

Intento de suicidio Corte de la laringe con arrancamiento de un pedazo de cartílago tiroides

por el doctor

Arís

de Barcelona

Una tarde de los últimos días de agosto del año trágico 1914, fuí llamado con urgencia del Hospital Provincial de Palma de Mallorca, del que era yo en aquel entonces jefe del servicio de otorrinolaringiatría, para asistir a un herido que acababa de ingresar.

Llego y me encuentro con un hombre de 45 años, que con una cara de espanto se debatía entre los brazos de dos enfermeros, que a duras penas podían dominarlo. Su obstinada intención era arrancarse el vendaje que envolvía su cuello.

Rápidamente me entero de cómo y por qué estaba aquel hombre allí, y encarándome severamente con él y después de algunas reflexiones, que por el resultado fueron acertadas, logro calmarlo y se deja examinar, resolviéndose la crisis nerviosa en un copioso llanto.

Quito el provisional vendaje que en la casa de socorro le habían puesto, y me encuentro con un enorme corte en el cuello que iba de esterno-cleido a esterno-cleido, corte que por una feliz casualidad terminaba en ambos lados a pocos milímetros de los paquetes vásculonerviosos del cuello. Echada la cabeza del herido hacia atrás, se abría una enorme boca, en el fondo de la cual se veía la del esófago con la laringe cortada a nivel de la membrana tirohioidea en sentido transversal, con un pedazo del cartílago tiroides colgando como una piltrafa

al lado izquierdo. Al moverse la parte inferior del corte, sangraba intermitente la yugular anterior.

Puesto el paciente en la mesa de operaciones, levantada ya la moral del pobre herido que apretándome el brazo me miraba suplicante, procedí presuroso a ligar la vena que sangraba y alguna arteriola, y después de afeitada la región y desinfectada lo mejor posible, me puse a arreglar aquel destroz.

Suturé con catgut delgado el tiroides al hioides por el lado derecho, no apretando mucho para no arrugar los restos de membrana que quedaban, y cosí con sumo cuidado y con aguja muy fina el pedazo de tiroides arrancado, que colgaba adherido a un trozo de membrana tirohioidea y a otro de aponeurosis que lo sostenía, al centro y lado izquierdo de la lámina del cartílago vulnerado, procurando con el mayor esmero y lentitud encajarlo en la posición normal.

Para evitar quintas de tos que entorpecieran mi labor, había embadurnado con cocaína al 1 por 15 el interior de la laringe. Suturé músculos y piel, teniendo cuidado de que los puntos de sutura del lado izquierdo no estuvieran muy juntos para evitar el enfisema, aun cuando la presencia de un pequeño drenaje de gasa que dejé a propósito en ese mismo lado alejaba la posibilidad de esa complicación.

El enfermo respiraba bien, presentando, como es natural, una disfonía acentuadísima.

Tranquilizado el enfermo, después de un largo monólogo, en el que puse toda mi alma para consolarlo y persuadirlo de la inanidad de su desesperado gesto, convencién-dolo de que la vida tiene recursos inesperados, aceptó gustoso a someterse a un mutismo absoluto y a respetar mi vendaje, jurándome que no atentaría otra vez contra su vida, rogándome que no le pusiera un centinela de vista, pues su presencia sería dudar de su palabra de honor y de su gratitud. Así fué hecho.

A los tres días quito el drenaje y suture el pequeño agujero que quedaba y por el que no salía secreción alguna. Al cuarto día le hago una laringoscopia y encuentro dos mamelones carnosos que ocupaban, uno la región interaritenoides, y el otro encima de la cuerda vocal izquierda. No les doy importancia a pesar de persistir la acentuada disfonía.

La cicatrización de la herida exterior siguió un curso normal. Al séptimo día quito los puntos de sutura. La disfonía persiste como los mamelones carnosos intralaringeos. Dejo pasar unos días más, y a los diez siguientes la voz mejora, porque los mamelones carnosos disminuyen. Al mes y días la voz se normaliza y la lesión intralaringea desaparece totalmente.

El protagonista de esta trágica historia, Goldschmit de apellido, es un judío de origen alemán que hacía muchos años vivía en Francia, casado con una francesa y dedicado a la compra y venta de trajes y telas en una de las calles más concurridas de Marsella.

Muchos judíos, alemanes, rusos, polacos y franceses, instalados en países que no eran los de su origen, donde dejaron hermanos

o parientes, para evitarse las molestias del servicio militar o por otras razones de orden étnico, no se naturalizaban y pasaban como extranjeros; y para evitarse el ser llamados a filas por el país nativo o pasar como prófugos, no se inscribían en sus consulados.

En esa situación equívoca, de hombres sin patria, se encontró mi hombre al estallar la gran guerra. Un vecino envidioso y malévollo lo señaló en seguida como enemigo; y a pesar de gozar de muchas simpatías entre los comerciantes y vecinos de su barrio, el maldito apellido le perdió, y a los gritos de "alemán" y "espía" apedrearon su tienda, que tuvo que cerrar. Desesperado ante el vendaval de odio y suspicacias que rodeaban su casa e imposibilitado para demostrar a los que le insultaban y perseguían su adhesión y amor a Francia por los 30 años de generosa hospitalidad de que había gozado, y bien aconsejado, así lo creyó él, por el alcalde de su barrio, decidió tomar el primer vapor que saliera para donde fuese. Al romper el día tomó el camino del muelle, donde ya una multitud madrugadora insultaba y apedreaba a alemanes auténticos, que se escondían en los pocos vapores que pronto iban a zarpar. Insultado y lapidado también se metió en el primer vapor que le indicó uno que también escapaba, sin saber qué vapor era ni a dónde iba. La cuestión era huir.

El vapor era español, y al poco rato tomaba rumbo hacia las Islas Baleares.

Desembarcó mi hombre en Palma y se puso a buscar a un francés amigo suyo que hacía tiempo vivía en la ciudad. Dos días de ansiosa rebusca fueron inútiles. ¿Qué pasó por la mente de aquel hombre? Fácil es suponerlo. Se metió en su cuarto, el de una modesta casa de huéspedes, y con una navaja barbera se dió un tremendo tallo en el

cuello. Cayó al suelo y al sentirse aún con vida, furiosamente, metió los dedos en la cortada laringe e intentó arrancársela, consiguiendo sólo fracturar el cartílago tiroideos, desprendiendo un pedazo. Acudió gente y el herido fué llevado a la casa de socorro, donde le hicieron la primera cura, que el sujeto enloquecido arrancó violentamente. Con la ayuda de dos forzudos guardias pudo al fin ponerle el médico de la casa de socorro un vendaje provisional. Maniatado y convulso lo llevaron al Hospital Provincial, en donde pasó a mis manos.

La llegada de la mujer, que enterada del dramático suceso acudió presurosa de Marsella, acabó de sosegar al enfermo y precipitó su curación, que al cabo de un mes era completa.

Este caso que expongo a la curiosidad de los lectores de ARS MEDICA, aunque tiene importancia por su patetismo, un drama de los cientos de casos similares que produjo la conflagración europea, lo tiene también clínico. Quizás sea el único, o uno de los pocos, en que el presunto suicida, no contento con cortarse la laringe, intenta completar su obra de destrucción arrancándose la tráquea con las manos, y además, mi caso demuestra que si el presunto suicida no se corta el paquete vásculonervioso del cue-

llo, que es la muerte segura e instantánea, casi es seguro que se salva si cae en manos de persona técnica que con seguridad y rapidez reparará el daño causado, evitando con suturas adecuadas la pérdida de la voz, si la laringe ha sido herida en sus músculos esenciales y el enfisema postoperatorio. La hemorragia inmediata o la futura posible son fáciles de cohibir y prever, y las infecciones a venir, bajas o *in situ*, también son sencillas de evitar y corregir. Como se ve, si la lesión extralaríngea produce modificaciones en la mucosa intralaríngea, los mamezones carnosos que parecían papilomas de este caso, esperar es lo mejor siempre. La cicatrización se encargará sabiamente de completar la obra del cirujano y ponerlo todo en orden.

Hace poco que el protagonista de esta historia se presentó en mi despacho a consultarme una insignificante afección de la faringe. Recordemos su trágica aventura, y repitió sus muestras de adhesión y simpatía hacia mi persona.

La cicatriz del cuello es casi imperceptible. Mi hombre goza de perfecta salud y se gana muy bien la vida en Barcelona. "¿Ve usted, le digo, como la vida tiene inagotables recursos?..." El hombre asiente conmovido.